

De pie, a mitad de la ciudad, a mitad de la calle, el hombre se siente a sí mismo. Llueve y una cortina de lágrimas lo envuelve: algo llora sobre su existencia, sobre su pensamiento, sobre su corazón. No es posible escuchar sino los pasos en sordina de la lluvia. La gran ciudad, avergonzada, calla, las luces de los coches lamen sus ojos al pasar cansadas y artificiales y él cree que lo miran cientos de cortesanas. Los edificios se levantan tiesos y grises, como los amigos; los árboles no son sino fantasmas que han venido de los bosques a aumentar la desolación; el suelo mojado, tendido a sus pies, remeda grotescamente al cielo y a las luces. Y el amor se ha quedado atrás, en la carcajada estridente de una muchacha.

De pie, el hombre siente a la noche sobre su frente de piedra. Entre sus dientes de luna repta el frío del espanto y se va quedando mudo, único en su soledad, en medio del silencio cósmico...

Se repite que es panteísta sólo para recordar a Dios, pero de su alma seca se escapa la esencia de las cosas, los signos del amor se enturbian ante sus pupilas dilatadas, y entonces Dios es frío como la lluvia, venal como las luces e insondable como la noche... Solamente sabe que Dios no es padre y que la eternidad se tiende ante el hombre como una espantosa lengua oscura.

De pie, el hombre intenta pensar en su madre. La llama desesperadamente en un grito que se quiebra en el final de la calle, y entonces puede entreverla, crucificada por sus palabras en el cielo tembloroso que han dibujado sus labios. Sí, es ella, ante el Cristo agonizante, ella con sus ojos doloridos y sus llagadas manos nazarenas. ¡Es ella: la madre!

Pero tiene que cerrar los ojos para no mirarla más: ¡cómo ofenderla contemplándola a la luz desvergonzada de un farol? Le hace falta la luna para que ilumine las suaves facciones de su afecto... Pero Artemisa, egoísta como todas las vírgenes, se ha marchado y la lluvia se ríe de él y de su esfuerzo por encontrarla. Y... ¿por qué la madre en cruz necesita, cada vez más, de la diosa pagana?...

Pero ya la madre no importa, la lluvia no importa, ya las luces no importan: ante el hombre está desnuda la noche.

El lucero cabalgaba sobre la espalda de la tarde, pero la tarde, asustada, saltó la cerca del horizonte y el lucero se apagó de frío entre las fauces de la oscuridad... ¿En dónde están las cenizas del lucero?... Cierto que sobre su muerte lloró el cielo, mas a las nubes las ahogó lo negro y la lluvia no es ahora sino una treta del misterio.

El hombre ya no tiene sangre, por sus venas circula el aliento de la noche y la noche es la boca de la muerte: el hombre se ha quedado solo ante la muerte... Allá, al final de la calle, está su vientre insondable. Ella lo liberará de sí mismo y de las obsesionantes luces, ella es quizá todo lo que tiene... quizá allí estén la verdad y el amor. Ella lo llama. Lo hipnotiza con el suave redoble del agua. El hombre está solo ante la muerte. Va a empezar a caminar, pero entonces siente en las ideas

confusas de su mente, en las razones vagas de su sangre, que no puede morir, y se queda, sigue, a mitad de la calle, a mitad de la noche, a mitad de la soledad, de pie.

FIN
